

LOS DOS BOLIVARES

Por MARCO A. OSORIO J.

Para el incomparable tesoro bolivariano del Ilustres y Eximio Varón, doctor Luis Villalba Villalba, envía el autor estos BOLIVARES del más puro oro aborigen.

Con el título “Los dos Bolívars” se han escrito algunas diatribas contra el Libertador, desde la iniciada por su enconado adversario neogranadino el abogado VICENTE AZUERO Y PLATA (1787-1844). A este detractor siguieron unos cuantos, entre ellos el escritor colombiano EDUARDO CABALLERO CALDERON, autor de un libelo que lleva ese encabezamiento.

A todos ellos puede replicarse que Bolívar fue único: En unidad de pensamiento y de acción; en irradiación universal permanente, porque todavía es El el clamor, la esperanza de la restauración de la justicia y de la redención de los oprimidos. Nunca hubo dos Bolívars opuestos o contradictorios. En rigor de precisión analítica, hay una muchedumbre de Bolívars armonizados todos ellos en la imponente majestad de un solo Libertador:

El Bolívar huérfano, signado por el dolor desde edad temprana con la pérdida de caros afectos familiares;

El mozo romántico que, luego de apurar otro cáliz de acíbar con la temprana muerte de la consorte graciosa, suave y tierna, en el normal atolondramiento del ímpetu juvenil busca aturdirse para amortiguar el torcedor despiadado de la orfandad y de la viudez;

El Bolívar del juramento que inició la epopeya de la emancipación;

El preocupado lector insaciable de historias y teorías políticas;

El caudillo de las primeras revueltas, inconforme con un papel de subalterno;

El intuitivo develador de ocultos pensamientos y encubiertas intenciones;

El guerrero de las marchas infatigables ante quien las cimas se humillaron hasta ponerse a ras con la llanura;

El conductor de tropas que jamás dio en su ánimo asidero al desaliento al luchar contra imposibles;

El visionario del Chimborazo;

El estadista que propugnó la formidable y salvadora idea de una América criolla unida e indivisa;

El vidente de Jamaica, del Congreso de Angostura, de las constituciones para los pueblos americanos, de las proclamas con energía de centellas, de las epístolas de maravillosa adaptación a cada individuo y a cada circunstancia;

El Bolívar de la figura proteica, inasible, elusiva por su irradiación deslumbrante y por el fulgor de la mirada: para sus adictos, la piedad y el amor de los redentores y la resignación heroica de los mártires; para sus enemigos, un fuego fatuo, una llamarada enceguecedora. Impotentes para describirlo y comprenderlo, sus detractores muestran, al ofrecer su retrato, una imagen del propio ego pígameo y mezquino.

No cabe la figura moral de Bolívar en descripción alguna por minuciosa y enfática que sea; rebasan la medida de nuestra gratitud sus esfuerzos, renunciaciones y sacrificios. Sólo podemos pagarlos con una admiración ilimitada, un amor y un entusiasmo desbordados hasta lo infinito. Más que una retribución, será ello la medida de nuestra propa ambición de grandeza. El nos dio el ejemplo de la excelcitud y nos señaló el camino por donde puede llegarse a la sublimación de nuestra escoria.

“...Nunca traces tu frontera
ni cuides de tu perfil;
todo eso es cosa de fuera...”

El ejemplo que nos dio debe estimularnos a saltar la valla de nuestras limitaciones y a buscar la superación; a desprendernos de la corteza del egoísmo para hacernos sensibles a lo heroico y a lo sublime; a despreciar una vida muelle y cómoda para que el espíritu, libre de trabas, se remonte a las alturas, mire de frente los soles, descifre el enigma de los humanos destinos y armonice las mejores aspiraciones con las leyes que rigen el concierto de los mundos.

¿Cuántos de los que hoy se amparan bajo el magnífico pabellón bolivariano habrán de olvidar mañana su origen preclaro y renunciar al glorioso privilegio? ¿A cuántos cegará la pasión de partido u ofuscará la polvareda política? ¿Cuántos habrán de subordinar los sanos postulados del credo bolivariano a un resentimiento mezquino y transitorio?

Algunos libelistas que en fútil circunstancia de infatuación atacaron a Bolívar, nos han ofrecido el viril ejemplo de la retractación: entre los legionarios, Gustavus Hippisley por un íntimo sentido de equidad; José María Samper, Juan F. Ortiz y otros colombianos ilustres, por la presión interna de la sinceridad, por lealtad a los principios de la ética, con el fervor del convencimiento, con la emoción y prestancia de los caballeros sin tacha. Viva la lección de cordura y magnanimidad; grato retorno de hijos pródigos al lar magnífico del Padre y Libertador.

Estéril e inútil es siempre la siembra de la cizaña. Si errar es humano, rectificar es nobleza, y en asuntos que lesionan la esencia misma de la dignidad americana, la rectificación es un deber y su ejercicio neutraliza la ponzoña de un orgullo insensato que contamina la rica fuente de nuestro decoro internacional. Por el Bolivarianismo resalta nuestro prestigio en el concierto internacional; es él la brújula que orienta hacia la meta de los grandes destinos, el fanal de luz que nos evitará las desviaciones de la ruta y los naufragios en el mar proceloso de la sociología moderna, tan erizado por los escollos de ideologías extrañas a nuestra índole y temperamento.

Simientes generosas germinan en los surcos de nuestras tierras, tan fecundas por el riego de la sangre de nuestros libertadores; se presiente la cosecha opima a

despecho de cuantos pretenden restarles savia a los lozanos brotes. Llor a los sembradores de concordia. El Libertador forjó naciones libres y prodigó las ideas de la armonía y de la dignidad. Se despojó de la fortuna material y de los privilegios de casta para entrar en la liza de la emancipación sin otro bagaje que su ideal de libertad, sustancia de sus músculos, sangre de su corazón, nervio y cerebro, todo ello en vibraciones desbordadas de grandeza por todos los ámbitos de América. Dio a sus pueblos estructura política, veló por su estabilidad y consistencia, y en la hora menguada de la disolución, al desatarse los vendavales de las ambiciones egoístas y de la envidia maléfica, El Libertador por esencia y apóstol sin par de las renunciaciones, con la intuición angustiosa de que la rivalidad malevolente interpretaría su actitud como una contradicción en mengua de su gloria, trató de oponer, como recurso extremo, la fuerza de la dictadura, por creer ilusoriamente que era ese el único dique capaz de resistir a las devastadoras rompientes de la anarquía. Sacrificio doloroso, corona de espinas que signó el principio de su viacrucis como redentor de América.

Mucho se ha teorizado sobre las actitudes dictatoriales de Bolívar y las presuntas incongruencias y contradicciones en las páginas magistrales de la Carta de Jamaica, el Mensaje al Congreso de Angostura, la Constitución de Bolivia y los Decretos del Libertador Presidente. ¿Pretenden pasar por alto los impugnadores que en materia política todo estaba por hacer, y que el Libertador meditó intensamente en la mejor forma de gobierno para los pueblos redimidos por su genio y por su esfuerzo? ¿Quién podrá negar que en la época actual todavía no se ha pronunciado ni podrá pronunciarse la última palabra sobre regímenes constitucionales y formas de gobierno? ¿Que en las legislaciones de los países civilizados existen leyes injustas pero necesarias, leyes transitorias para las exigencias del momento, y una infinidad de reglamentos y ordenanzas, una corriente incesante con sus saltos, turbulencias y remansos, inevitablemente móvil y cambiante como los seres, iguales ante la Ley pero desiguales por naturaleza?

Ni los deberes de la gratitud, ni el respeto a la obra del genio bastaron para poner freno al egoísmo y a la infidencia. Dios, impasible conductor de pueblos, permite que a veces prevalezcan las potencias del mal para que sus criaturas sufran la expiación de su orgullo y humillen la cerviz rebelde. La inteligencia que rige las esferas, que traza su rumbo a los soles y cuida del diminuto grano, deja también que los videntes y los genios conductores de pueblos sufran la expiación de su grandeza. "Aré en el mar y edifiqué en el viento" es el clamor del titán encadenado en Santa Marta frente al mar Caribe; clamor cuyo eco retumba como presagio de tempestades y como bronce a rebato que nos llama a la cordura, sacude el vergonzoso letargo de nuestras conciencias y proclama la acción conjunta fraternal.